

PECES VOLADORES

—No me maten, no vale la pena —dice el hombre tirado en la cubierta del barco—, mañana estaré muerto.

El que ha venido de la popa, de pie con un cuchillo en la mano, duda un momento. Después, lentamente, da media vuelta y se va con la espalda inclinada y los brazos colgando.

Mientras lo ve irse el hombre tirado piensa: qué triste se lo ve, está triste con todo el cuerpo, y le da lástima. No faltó mucho para que él también se convirtiera en un hombre de popa pero no, él todavía es él, el capitán, el mismo que aceptó llevarlos a todos la noche en que le golpearon la puerta, hace un mes, o a lo mejor menos, parece mentira.

Habían golpeado y él tuvo un sobresalto, no eran buenos tiempos para ser despertado en la noche. Abrió la puerta con inquietud. Varios hombres y algunas mujeres esperaban en la oscuridad. Uno se separó de los demás acercándose. Omar, el hijo del pescador de la caleta.

—Qué pasa Omar —preguntó intrigado pero más tranquilo, los pescadores eran gente segura.

—Llévenos, capitán —dijo el muchacho y el resto del grupo avanzó hasta rodearlo.

Recorrió las caras. Conocía a varios por sus nombres y los demás tampoco le eran del todo desconocidos; alguna vez los debió ver en el pueblo.

—A dónde quieren ir.

—Lejos, muy lejos, lo más lejos que se pueda —dijeron varias voces.

—El motor no da más. El barco está viejo —dijo y después concluyó tratando de sonreír—. Y yo también.

Todos quedaron en silencio. Durante un momento sólo se

escucharon los grillos y las olas del mar próximo.

Ya estaba por volver a entrar a la casilla cuando escuchó la voz de una mujer que decía:

—Si es una cuestión de dinero podemos pagar —la mujer dudó un instante—, aunque no demasiado.

Se detuvo.

—Y los chicos —dijo otra mujer y él reconoció la voz de la mujer del panadero—, piense en los chicos, capitán. Ellos.

—El motor no da más —insistió.

—Usted lo puede arreglar —dijo Omar y los demás estuvieron de acuerdo.

Antes de que el silencio se volviera a prolongar la mujer del panadero rogó:

—Por favor, capitán, ya no tenemos otra posibilidad.

—Está bien, junten el dinero que haga falta para combustible y comida, nada más.

Ahora, sobre la cubierta manchada y maloliente donde se le termina la vida, vuelve a pensar que fue un estúpido, por qué se habría dejado convencer. A lo mejor quería irse él también, quién sabe. De cualquier modo ya no tiene sentido lamentarse. Lo que siente es que no esté Omar, era un gran muchacho. Le hubiera gustado enseñarle a navegar, habría hecho un buen capitán.

Mira el mar. Ya falta poco para que oscurezca y el agua está calma. Siempre supo que moriría en el mar, lo había soñado muchas veces. En los sueños se veía en medio de la tormenta, de noche, con olas que reventaban en la cubierta y destruían el barco. Nada más alejado de este cielo sin una nube. A lo lejos ve una vela. El sol del atardecer que lo encandila le obliga a entrecerrar los ojos. Reconoce el velero. Tiene cuarenta y ocho pies y debió de construirlo Frers, el único que podía darle esas líneas a un dos palos, ese deslizarse firme y majestuoso. Las

velas blancas, tensas, siempre le habían hecho sentir un impulso de vuelo, pero ahora las ve como aletas de un enorme tiburón. Se imagina dientes que se clavan en un cuerpo y revientan los huesos, sangre que enturbia el agua arremolinada, fragmentos de carne que se dispersan en el agua enrojecida y vuelve a la cubierta del velero dónde los hombrecitos en movimiento le parecen rémoras listas para comer los restos. El velero no se detiene y eso ya no lo asombra. Dentro de un momento la estela del velero apenas moverá el casco del suyo y eso es lo único que los unirá.

Enfrente de él, sentado contra la borda, alguien parece dormir. Hace un esfuerzo pero no lo reconoce, es un hombre, nada más. Cuando llega la estela que había hecho el velero, la cubierta se inclina un poco y el cuerpo del hombre se desliza a un costado. Los de popa se abalanzan sobre el cuerpo y lo llevan a la rastra. Él prefiere no ver, cerrar los ojos. Si el motor hubiera funcionado. Pero siempre había sabido que el motor no aguantaría.

—No se puede arreglar —había dicho, metido hasta la cintura en el hueco que albergaba el motor. En sus manos tenía las dos mitades de una pieza de hierro —. Está rota —dijo, mostrando los pedazos a las personas que lo rodeaban preocupadas —. No hay caso —Después bajó los brazos con cansancio y dejó caer las piezas que chapotearon oscuras en el fondo de la sentina.

—Capitán, ¿qué hacemos? —dijo Omar mientras juntaba las herramientas del piso.

—No se puede arreglar —repitió y, apoyando una rodilla en el suelo, trepó hasta que se puso a la altura de los demás.

—Pasan muchos barcos —dijo alguien —. No nos va a quedar más remedio que pedir ayuda.

El primer barco que pasó fue el Eugenio Costa. Lo vieron cuando todavía estaba lejos pero se acercó con rapidez. Todos

sacudieron los brazos y gritaron con alegría. Qué hermoso barco, doscientos veinte metros, turbinas de vapor, creyó recordar que cada árbol de hélice, y llevaba dos, tenía un diámetro de sesenta centímetros, y en la popa las dos chimeneas se inclinaban hacia atrás como si el viento las empujara. Si el Eugenio Costa los veía estaban salvados. Pero no, pasó demasiado rápido y demasiado lejos. Habría que tener paciencia.

Abre los ojos y le parece ver al Eugenio Costa en el brillo del sol sobre una mancha húmeda justo donde los de popa recogieron al hombre caído. Los de popa todavía se pueden mover. Él hace mucho que no tiene fuerzas. El barco se le había agrandado a medida que el hambre le fue atando las piernas. Y no fue el único que se quedó quieto, al final nadie se movía de su lugar. Fue entonces cuando se convirtieron en los de proa, los de popa y los de abajo. No sabe si todavía queda alguien abajo, no lo cree, de allí sólo viene el ruido del agua que se filtra sin parar y golpea contra el casco que debe de estar vacío, todo está vacío, hasta dentro suyo hay un enorme hueco, no recuerda cuando comió por última vez, habrá sido hace varios días, a lo mejor hace una semana, cuando los peces voladores se estrellaron contra la cubierta. Sí, los peces voladores habían venido el día después de la fragata.

—¿Qué es? —había preguntado Omar, que no se despejaba de su lado —. Parece un barco de guerra.

—Es una fragata, estoy seguro por la forma de las baterías de cañones, por el perfil de la proa. Debe venir a veinte nudos.

Iba a seguir explicando pero Omar ya no lo escuchaba. Recuerda la cara del muchacho, la fuerza del cuerpo estirado hacia adelante, los ojos afiebrados fijos en la fragata. Entonces había mirado a su alrededor y había visto cómo la gente comenzaba a hacer señales con dudas, con miedo. Por fin un

hombre levantó con dificultad una bandera hecha de jirones de ropa. El barco iba a pasar muy cerca, no podía dejar de verlos. Ya era hora, se había acabado el agua potable y no quedaba nada que comer. Llegó a ver a varios marineros apoyados en la borda de la fragata. Hasta uno que fumaba y otro que saludaba con la mano. Pero la fragata no se detenía. La mujer del panadero, a su lado, levantó el bebé en brazos y lo extendió hacia el mar, como si se los ofreciera. Después dejó al bebé en el suelo, se enderezó, y saludó moviendo el brazo. Tenía una sonrisa en la boca y siguió sacudiendo la mano todo el resto de la tarde sin hacer caso de los gemidos del bebé que terminaron por apagarse.

Al otro día habían aparecido los peces voladores. Él estaba apoyado en la borda cuando vio al primero. El pez salió del agua y planeó siguiendo la cresta de la ola durante varios metros hasta que volvió a hundirse con un chapoteo mínimo. Después fueron muchos más que volaron en todas direcciones. Habrían saltado al espacio escapándose quién sabe de qué para caer entre las garras desesperadas de la gente que se había peleado para despedazarlos y comerlos sin hacer caso de las espinas ni de los demás, gruñendo, tironeando la carne correosa, arrancándose los pedazos de las manos.

Los peces voladores les habían dado un respiro y al día siguiente, o tal vez dos días después, apareció un barquito como el de ellos; el mismo tamaño y la misma gente, sólo que el motor funcionaba. Omar lo había abrazado y después dejó un brazo sobre su hombro. Juntos esperaron que el barco se detuviera pero tampoco lo hizo. Algo se apagó en los ojos del muchacho, retiró el brazo del hombro, se desnudó completamente, acomodó la ropa en una pila y se zambulló desde la borda. Vio con envidia como el muchacho nadaba hacia el horizonte. Hubiera querido hacer lo mismo pero no

podía, él era el capitán.

Desde ese día habían empezado a morir. Primero los chicos y los más débiles y después los desesperados que hacían como Omar, a lo mejor para no tener que ver como se morían los demás. Los fuertes, en cambio, los que estaban dispuestos a todo para sobrevivir, ya no querían seguir pasando hambre. Él había escuchado comentarios. No debimos tirar los cadáveres, dijeron, y por la popa hubo días en que algunos no pasaron tanto hambre, él se daba cuenta, la gente de popa dejó de oler a debilidad, se movían mejor. Le había dado envidia, envidia y asco de sí mismo. Cuando ya no pudo soportar sus pensamientos gritó muy fuerte, puso todo lo que tenía en ese grito. Su propio aullido, el dolor de los labios resecaos que se quebraban, lo hicieron sentir mejor, pero el esfuerzo lo dejó temblando, o a lo mejor fue una coincidencia porque ese día la sed se le había hecho imposible y había tomado mucha agua de mar. Lo que fuera, supo que su momento había llegado y estaba bien, tuvo la certeza cuando se desmoronó en la cubierta y de sus labios heridos no brotó sangre sino apenas algo espeso que lamió mientras pasaba la mano por el pecho que se había vuelto el pecho de un esqueleto. Agradece que a bordo no haya espejos, no es necesario agregar la propia imagen a las de los demás. Por suerte los ojos miran para afuera y no dejan que uno se vea. Ahora, por ejemplo, los ojos miran el cielo del atardecer, su último atardecer. Apenas puede respirar el aire fresco pero lo hace con tranquilidad, ya no le duele nada, a lo mejor él es sólo sus ojos.

Ve volver al hombre de popa que ya no camina inclinado, viene con lentitud y lleva el cuchillo bien aferrado en la mano. Los últimos rayos del sol rebotan en la hoja de acero que se deforma en reflejos móviles. Los reflejos parecen las alas de un pez volador.

CONCURSO INTERNACIONAL "JUAN RULFO" 2003
PREMIO ALIANZA FRANCESA DE ARGENTINA: ex -
aequo: « Poissons volants » de Emilio Matei

2003 © Emilio Matei

Están prohibidos y penados por la ley la reproducción y la difusión total o parcial de esta obra en cualquier forma o medio mecánico, electrónico, inclusive por fotocopia, grabación magnética y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el previo consentimiento escrito de los titulares de los derechos.